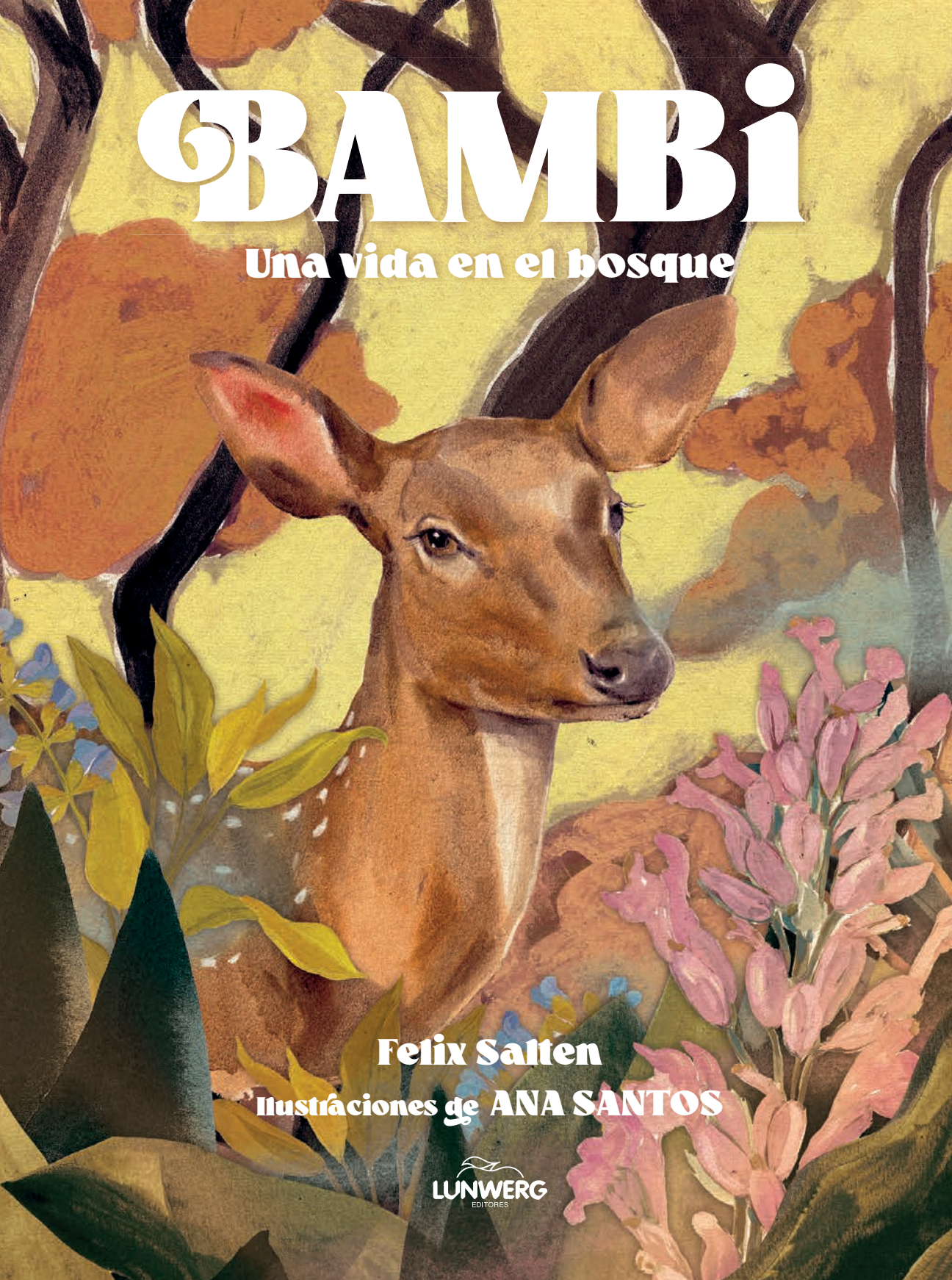
BAMBI

Una vida en el bosque



Felix Salten

Ilustraciones de ANA SANTOS

LUNWERG EDITORES

BAMBI

Una vida en el bosque

Felix Salten

Ilustraciones de **ANA SANTOS**



LUNWERG
EDITORES

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Bambi. Eine Lebensgeschichte aus dem Walde*

© de las ilustraciones, Ana Santos, 2025

© de la traducción, La Letra S.L. (Marc Cornelis), 2020
Por acuerdo con Gribaudo – IF – Idee editoriali Feltrinelli srl

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid
lunwerg@lunwerg.com
www.lunwerg.com
www.instagram.com/lunwerg
www.x.com/Lunwerglibros
www.facebook.com/lunwerg

Diseño y maquetación: Lunwerg, 2025

Primera edición: octubre de 2025
Depósito legal: B. 11.993-2024
ISBN: 978-84-10378-04-9
Printed in Spain - Impreso en España



–Índice–



Capítulo 1 6
Capítulo 2 10
Capítulo 3 22
Capítulo 4 29
Capítulo 5 37
Capítulo 6 43
Capítulo 7 49
Capítulo 8 55
Capítulo 9 62
Capítulo 10 64
Capítulo 11 74
Capítulo 12 86
Capítulo 13 93
Capítulo 14 100



Capítulo 15 104
Capítulo 16 111
Capítulo 17 117
Capítulo 18 122
Capítulo 19 125
Capítulo 20 129
Capítulo 21 134
Capítulo 22 142
Capítulo 23 148
Capítulo 24 154
Capítulo 25 160

EPÍLOGO 166





—1—

Llegó al mundo en medio de la maleza, en uno de esos rincones aislados del bosque que parecen abiertos por todas partes, pero que en realidad están completamente protegidos. Eso sí, no era muy espacioso que digamos: apenas cabían él y su madre.

Se puso de pie, tambaleándose sobre unas largas piernas delgadas. Como atontado, miró a través de sus ojos nublados sin ver nada, bajó la cabeza y se estremeció todavía aturdido.

—¡Qué hijo más precioso! —exclamó la urraca.

Pasaba por allí volando, atraída por los gemidos de la madre, provocados por el parto. Ahora estaba sentada en una rama cercana:

—¡Qué hijo más precioso! —volvió a decir. No obtuvo respuesta, pero eso no le impidió seguir hablando—. ¡Es asombroso cómo, enseguida, sabe levantarse y echar a andar! ¡Qué interesante! Nunca lo había visto antes. Bueno, por supuesto, también porque todavía soy joven, solo llevo un año fuera del nido, como quizá ya sabes. Pero creo que es maravilloso. Un hijo así... llega al mundo en un momento y de inmediato se pone en pie. ¡Y qué elegante! De todos modos, en mi opinión, todo es elegancia en los corzos. ¿Ya sabe correr también...?

—Claro —contestó la madre en voz baja—. Pero ahora me tendrás que disculpar, porque no puedo seguir con esta conversación. Tengo muchas cosas que hacer... y, además, todavía me siento un poco floja.

—Entonces no dejes que te moleste más —la tranquilizó la urraca—, yo tampoco tengo mucho tiempo. Pero algo así no se ve todos los días. ¡Imagínate lo complicado y agotador que es nuestro caso! Cuando salen del huevo, los hijos no pueden ni siquiera moverse. Están tumbados en el nido y necesitan atención, una atención constante, te lo digo yo. Es que no te puedes hacer ni idea de lo que es. ¡Y el trabajo que da criarlos, y la preocupación de vigilarlos! Imagínate, solo pensarlo, lo agotador que resulta ir a buscar comida a la vez que tener que estar atenta a que no les pase nada. Estarás de acuerdo conmigo, ¿no? ¡Y la larga espera hasta que se puedan mover! ¡Y que les crezcan las plumas y tengan un aspecto decente!

—Disculpa —contestó la madre—, no te estaba escuchando.





La urraca retomó su vuelo: «Estúpida —pensó en su interior—, elegante, ¡pero estúpida!».

La madre no se percató de nada, atenta a su sesión de limpieza. Lavó al recién nacido de manera efusiva, con la lengua, aplicando un aseo corporal, a la vez que un calentito masaje y una larga caricia.

El pequeño todavía no era muy estable. Y las carantoñas y los empujoncitos de mamá lo trastabillaban. Por fin se equilibró. Su manto rojizo, todavía un poco despeinado, incluía finas manchas blancas, y su rostro infantil conservaba una expresión de sueño profundo.

A su alrededor crecían avellanos, cerezos silvestres, endrinos y jóvenes saúcos. Altísimos arces, hayas y robles habían construido un tejado encima de la maleza, y de la oscura tierra surgían helechos, guisantes salvajes y salvia. El suelo estaba cubierto de hojas de violetas, ya en flor, y de fresales, a punto de seguir su ejemplo. La luz del alba penetró entre el follaje como si fuera una malla. El bosque entero resonaba, impregnado por una multitud de voces, como si quisiera expresar su alegría y su emoción. La oropéndola no cesaba de cantar, las palomas arrullaban sin pausa, los mirlos silbaban, los pinzones batían las alas, los carboneros chirriaban... Y a la vez, se oía el llanto alterado de las cornejas, la risa coqueta de las urracas y la explosión metálica del cloc-cloc de los faisanes. De vez en cuando, el corto júbilo estridente de un pájaro carpintero se imponía sobre las demás voces. O el grito del halcón, claro y agudo, se dejaba sentir por encima de los árboles, con el incesante coro ronco de los cuervos de fondo.

El pequeño no entendió nada de todos aquellos cantos y llamadas, ni mucho menos una sola palabra de las conversaciones. Pero tampoco se detuvo a reflexionar. No sabía distinguir ninguno de los olores que respiraba el bosque. Solo notó el suave temblor que recorría su pelaje mientras lo lavaban, calentaban y besaban; tan solo el olor del cuerpo de su madre, pegado al suyo. Se acurrucó en el espacio estrecho y, hambriento, buscó y encontró la fuente de la vida.

Mientras estaba bebiendo, su madre seguía acariciándolo:

—Bambi —le susurró.

De vez en cuando, levantaba la cabeza, escuchaba atentamente y absorbía el aire. Ella volvió a besar a su hijo, tranquila y feliz:

—Bambi —repitió—, mi pequeño Bambi.



—2—

A principios del verano, los árboles estaban inmóviles bajo el cielo azul, con los brazos extendidos para recibir la fuerza que les enviaba el sol. Sobre los setos y arbustos florecían estrellitas blancas, rojas y amarillas. En muchos, podían distinguirse los primeros brotes de los frutos en las puntas de las ramas, tiernos pero firmes y determinados con su aspecto de pequeños puños cerrados. En el suelo se reflejaban los destellos de las flores, rociando la tierra del bosque que amanecía así con colores alegres. Por todas partes se esparcía el olor al follaje fresco, la alfombra floral, el suelo húmedo y la madera verde. Al irrumpir el alba y al caer la noche, el bosque resonaba con miles de voces y desde la mañana hasta la tarde el silencio perfumado solo se veía cortado por el canto de las abejas, el zumbido de las avispas y el rumor de los abejorros.

En un entorno como ese estaba Bambi viviendo su primera infancia.

Iba detrás de su madre por un estrecho camino a través de los matorrales. ¡Qué agradable era andar por allí! El denso follaje le acariciaba suavemente los flancos, cediéndole delicadamente el paso. A pesar de las decenas de barreras y obstáculos, avanzaban con una comodidad sorprendente. Por todas partes había más senderos como ese que se entrecruzaban por el bosque. La madre los conocía todos y muchas veces, cuando Bambi se veía bloqueado delante de un matorral, como si fuera un muro verde, su madre encontraba, sin dudar y sin necesidad de buscar, el lugar por donde seguía el camino.

Bambi no paraba de preguntar. Adoraba hacerle preguntas a su madre. Eso era lo más bonito para él, cuestionarlo todo y escuchar la respuesta de su madre. No sabía de dónde le surgían todas esas preguntas, una tras otra, sin que se parara ni se cansara un solo segundo. Para él resultaba totalmente natural; sencillamente le encantaba. También le gustaba quedarse esperando, lleno de curiosidad, hasta que llegara la respuesta. Estaba contento incluso cuando su madre no sabía o no quería contestar. También, muchas veces, simplemente no la entendía, pero eso también era bonito, porque así podía seguir preguntando, que era como disfrutaba. De vez en cuando, sin embargo, se detenía y buscaba su propia manera de explicar lo que no había entendido, y eso también era divertido.



A veces notaba claramente que su madre no le daba la respuesta completa y que, a propósito, no le contaba todo lo que sabía. Eso molaba mucho. Porque, así, siempre mantenía viva una curiosidad especial, una intuición que le penetraba de manera misteriosa y agradable a la vez, una expectativa que lo asustaba y alegraba al mismo tiempo, tanto que se quedaba callado. Un día preguntó:

—¿A quién pertenece este camino, mamá?

—A nosotros —contestó su madre.

Bambi siguió con su interrogatorio:

—¿Es tuyo y mío?

—Sí.

—¿De los dos?

—Sí.

—¿De los dos solos?

—No —replicó la madre—, de nosotros, los corzos…

—¿Y qué son corzos? —añadió Bambi, riéndose.

Su madre lo miró y se rio también:

—Tú eres un corzo, y yo soy una corza, ¿entiendes?

Bambi daba brincos mientras se reía:

—Sí que lo entiendo. Yo soy un pequeño corzo, y tú eres una corza grande, ¿verdad?

Su madre asintió:

—Exacto, muy bien.

Bambi se puso serio de nuevo:

—¿Hay otros corzos como tú y como yo?

—Por supuesto —le contestó su madre—. Muchos.

—¿Y dónde están entonces? —exclamó Bambi.

—Aquí, por todas partes.

—Pero… no los veo.

—Ya los verás.

—¿Cuándo? —La curiosidad hizo que se detuviera.

—Pronto.

La madre siguió caminando y Bambi también se puso en marcha, rumiando qué querría decir ese «pronto». Llegó a la conclusión de que «pronto» no era lo mismo que «enseguida». Pero no consiguió entender en qué momento el «pronto» dejaba de ser «pronto» y empezaba a ser «más tarde».

De repente, añadió:

—¿Y quién ha hecho este camino?

—Nosotros —replicó su madre.

Bambi se quedó pasmado:

—¿Nosotros? ¿Tú y yo?

—Nosotros... los corzos —explicó la mamá.

—¿Quiénes? —siguió Bambi.

—Todos nosotros.

Se acabó la conversación y siguieron adelante. Bambi estaba emocionado y tenía ganas de salir del sendero, pero, dócilmente, se quedó detrás de su madre. Luego, algo crujió cerca del suelo. Se movía frenéticamente, oculto por los helechos y las hojas de lechuga silvestre. Una vocecita, fina como un hilo, emitió un plañido. Después ya no se oyó nada más. Solo las hojas y briznas de hierba siguieron temblando durante un segundo. Un hurón había atrapado a un ratón. Pasó delante de ellos, corriendo, antes de echarse a un lado para abalanzarse encima de su comida.

—¿Qué era eso? —preguntó Bambi, nervioso.

—Nada —le aseguró su madre.

—Pero... —el pequeño se estremeció—, pero... si lo he visto.

—Pues sí —respondió mamá—. No te asustes. Es que el hurón ha matado a un ratón.

El pequeño se había llevado un susto tremendo. Un gran temor desconocido le apretaba el corazón. Tardó bastante antes de volver a poder hablar. Y entonces se atrevió a decir:

—¿Y por qué ha matado a ese ratón?

—Porque... —dudó, y dijo, como si hubiera recordado algo, pero en realidad esperando así despistar a su hijo—: caminemos un poco más deprisa.

Empezaron a trotar. Bambi seguía saltando detrás de su madre. Pero tras una larga pausa, volvió a la carga, ansioso:

—¿Nosotros también mataremos a un ratón algún día?

—No —le aseguró su madre.

—¿Nunca?

—Nunca —fue la respuesta.

—¿Y por qué no?

—Porque nosotros no matamos —dijo la madre simplemente.

Bambi volvió a sentirse alegre.

Desde un joven fresno, al lado del camino, llegaron unos fuertes chillidos. La madre siguió adelante sin prestarles atención. La curiosidad de Bambi, sin embargo, hizo que se detuviera para escuchar. Dos cornejas estaban discutiendo por un nido que acababan de saquear.

—¡Ya te estás marchando de aquí, bribona! —dijo una.

—No cuentes con ello, bufona —contestó la otra—, no te tengo miedo.

La primera enfureció:

—¡Búscate tu propio nido, ladrona! Te romperé el cráneo. —Estaba fuera de sí—. ¡Qué mezquina! —refunfuñaba—. ¡Pero qué mezquina!

La otra, que había visto a Bambi, bajó un par de ramas y le recriminó:

—Y tú, mocoso, ¿qué haces aquí? ¡Lárgate!

Intimidado, el corzo aceleró para alcanzar a su madre y seguir sus pasos, abochornado y asustado, añorando que ella no se hubiera dado cuenta de su retraso. Al cabo de un rato, preguntó:

—Mamá... ¿qué es «mezquina»?

Su madre dijo que no lo sabía y el pequeño reflexionó, antes de seguir:

—Mamá, ¿por qué estaban tan enfadadas esas dos?

Su madre le explicó:

—Se peleaban por la comida.

—¿Nosotros también nos pelearemos por la comida algún día?

—No —contestó su madre.

—¿Y por qué no?

—Porque hay de sobra para todos.

Bambi todavía quería hacer una pregunta más:

—Mamá...

—¿Qué ocurre?

—¿Algún día nosotros nos enfadaremos?

—No, hijo mío —lo tranquilizó su madre—, nosotros no hacemos eso.

Continuaron su camino. De repente, divisaron delante de ellos un claro, un claro luminoso. Habían llegado al final del embrollo verde de matorrales y arbustos, al límite del sendero. Solo faltaban unos pasos más para alcanzar la espléndida libertad que se había abierto ante sus ojos. Bambi quería dar un salto adelante, pero su madre lo detuvo.

—¿Qué es? —voceó el pequeño, impaciente y fascinado.

—La pradera —contestó su madre.

—¿Y qué es una pradera? —insistió Bambi.

Pero su madre respondió:

—Eso lo tendrás que ver con tus propios ojos.

Se había puesto muy seria y alerta. Estaba de pie, inmóvil, con la cabeza alzada, escuchando detenidamente, respirando hondo con aspecto severo para interpretar el viento.

—Ya está —dijo finalmente—, podemos salir. —Bambi saltó, pero ella le cerró el camino—. Quédate aquí esperándome hasta que yo te llame. —Obediente, el hijo se detuvo—. Así —lo felicitó ella—. Y ahora, presta atención a lo que te digo. —Bambi la notó muy nerviosa y él también se inquietó—. No es tan fácil salir a la pradera —prosiguió—; es un asunto complicado y peligroso. No me preguntes por qué. Ya lo entenderás más adelante. De momento, haz exactamente lo que te digo, ¿de acuerdo?

—Sí —le prometió Bambi.

—Pues bien. Para empezar, salgo yo sola. Tú te quedas aquí esperando. Y no dejes de estar atento. No me puedes perder de vista. Y si ves que yo echo a correr hacia aquí, tú también das la vuelta y empiezas a correr todo lo que puedas. Yo ya te alcanzaré. —Después, se calló, como si estuviera pensando, antes de volver a insistir—. De todos modos, corre, corre todo lo que puedas. Corre... también si vieras que ocurre algo... también si ves que yo... que yo me caigo al suelo... no me esperes, ¿entendido?... Da igual lo que veas u oigas... tú sigue siempre adelante, ¡sin esperar y a toda prisa!... ¿Me lo prometes?

—Sí —contestó el hijo con suavidad.

—Pero si te llamo —siguió la madre—, entonces puedes venir. Allí fuera en la pradera puedes jugar. Es muy bonita, y seguro que te gusta. Pero solo... y esto me lo tienes que prometer... solo puedes venir a mi lado a la primera señal. ¡Sin falta! ¿Me oyes?

—Sí —volvió a decir Bambi, con más suavidad aún. El tono de su madre había sido muy serio.

—Ahí fuera... cuando te llame... no puede haber ni miradas atrás ni preguntas, ¡sino correr como el viento detrás de mí! Acuérdate. Sin pensarlo, sin titubeos... Enseguida, si yo echo a correr, vas a por todas y no te paras hasta que vuelvas a estar aquí a cubierto. ¿No se te olvidará?

—No —confirmó el pequeño, ya del todo angustiado.

—Entonces, voy yo —dijo su madre, que ya parecía un poco más tranquila.

Salió a la pradera. Bambi, sin quitarle el ojo, vio cómo avanzaba con pasos prudentes y lentos. Él se quedó quieto, expectante, lleno de temor y de curiosidad. Vio cómo su madre observaba los alrededores y se encogía. Él también se encogió, preparado para dar el salto hacia la maleza. Pero entonces, su madre se tranquilizó y, al cabo de un minuto, adoptó un aspecto más alegre. Bajó la cabeza, estirando su cuello, levantó de nuevo la mirada hacia el corzo y lo llamó:

—¡Ven!

Bambi salió de un salto. Lo invadió una alegría desconocida hasta entonces, que hizo que se olvidara de sus temores enseguida. En la espesura del bosque sobre su cabeza solo había visto cómo las copas de los árboles dejaban entrever manchas azules dispersas aquí y allá. Sin embargo, ahora podía divisar el azul celeste abierto, alto e infinito, y se sentía muy alegre, sin que supiera el porqué. En el bosque, solo había contemplado algunos anchos rayos de sol, o el delicado juego de la luz dorada entre las ramitas. Y ahora, de repente, se encontró en medio de esa cálida fuerza deslumbrante que lo penetró con su poder absoluto y lo envolvió en una brillante bendición que le hizo cerrar los ojos y le abrió el corazón. Estaba embriagado; no podía contener su alegría, se sintió genial. Con torpeza, empezó a brincar, tres, cuatro, cinco veces, allí mismo donde estaba. Era incapaz de controlarse. Se sentía invadido por un impulso que lo forzaba a saltar. Sus jóvenes extremidades se tensaban con fuerza, su respiración era a la vez ligera y profunda y mientras respiraba, los olores de la pradera le infundían una temeraria alegría que lo empujaba a brincar. Era un crío. Si hubiera sido humano, habría gritado de júbilo. Pero era un corzo, y los corzos no podían gritar, al menos no como los niños humanos. Gritaba a su manera. Con sus piernas, con todo su cuerpo, volaba.

Su madre lo observó, emocionada. Vio su ilusión, vio cómo se lanzaba torpemente por los aires y volvía a caer en el mismo sitio, mirando aturdido y embriagado, antes de volver a botar una y otra vez. Sabía que Bambi no había conocido nada más que los estrechos senderos del bosque, que, en los pocos días de su existencia, se había acostumbrado a la sofocante maleza, y por eso no se había movido, porque no se había dado cuenta de que, en la pradera abierta, podía correr con toda libertad. Se agachó sobre sus patas delanteras y le envió una sonrisa. Luego comenzó a correr como el viento, trazando un enorme círculo. La hierba susurró al pasar a toda velocidad. Bambi se asustó y se quedó inmóvil. ¿Aquella

era una señal para que volviera al bosque? «No te preocupes por mí —le había dicho su madre—, no importa lo que oigas y veas; ¡ve siempre adelante, corre todo lo que puedas!» Estaba a punto de girarse y escapar, tal como le había ordenado ella. Pero, justo en ese momento, vio que se acercaba al trote. De golpe, frenó de forma asombrosa, dos pasos delante de él. Luego se encogió y se agachó, igual que la primera vez, antes de echarse a reír y gritar:

—¡Atrápame si puedes!

E inmediatamente volvió a salir como un rayo. Bambi se había quedado perplejo. ¿Qué era aquello? ¿Qué le pasaba a su madre? Pero ya había vuelto, tan rápido que hubiera mareado a cualquiera. Le dio a su hijo un empujón en el costado e insistió:

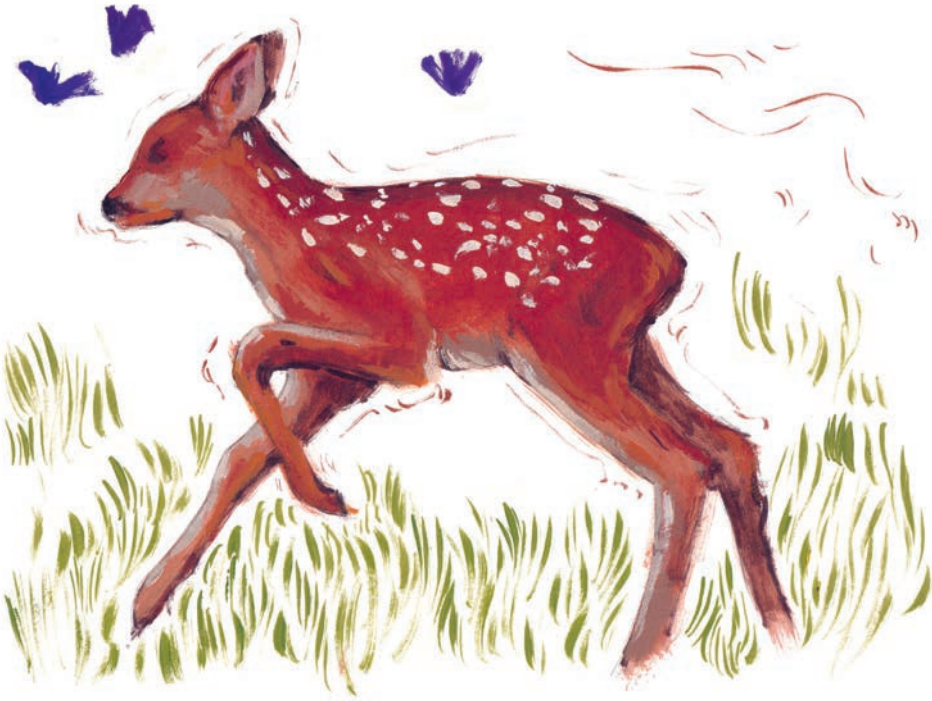
—¡Atrápame! —Y luego volvió a despegar.

Bambi se lanzó a perseguirla. Unos cuantos pasos. Los pasos se convirtieron en ligeros saltos. Lo levantaron como si estuviera volando y lo llevaron adelante sin esfuerzo. Había un espacio vacío bajo sus pasos, vacío bajo sus saltos, vacío, vacío... Bambi parecía estar fuera de su propio cuerpo. La hierba le susurraba al oído. Era deliciosamente blanda y suave como la seda. En su persecución iba trazando una curva, se volvía para empezar a dibujar un nuevo círculo, después otro giro y otro trazado rápido. Su madre se había detenido, recuperando el aliento y siempre mirando hacia el lado por donde Bambi volaba. Su hijo seguía galopando.

De repente, no pudo más. Frenó y volvió hacia su madre con zancadas elegantes. Le envió una mirada radiante. Después, los dos pasearon juntos, alegres. Desde que habían llegado a la pradera, el corzo solo había contemplado el cielo, el sol y el enorme espacio verde a través de su cuerpo; el cielo, solo con una mirada cegada y embriagada; el sol, solo con su lomo calentito y la respiración tonificante. Ahora estaba disfrutando con los ojos. A cada paso le asaltaron nuevas maravillas de la belleza de la pradera. Allí fuera, a diferencia del bosque, no había ni una mancha de tierra visible. Las briznas de hierba se peleaban por cada pequeño trozo de suelo, se apretaban y se hinchaban de voluptuosa belleza, cediendo suavemente bajo cada paso para, enseguida, volver a levantarse pacíficamente. La vasta llanura verde estaba manchada de estrellas con forma de margaritas blancas, de las cabecitas violáceas y rojas de los tréboles y de los relucientes globos dorados que alzaban los dientes de león.

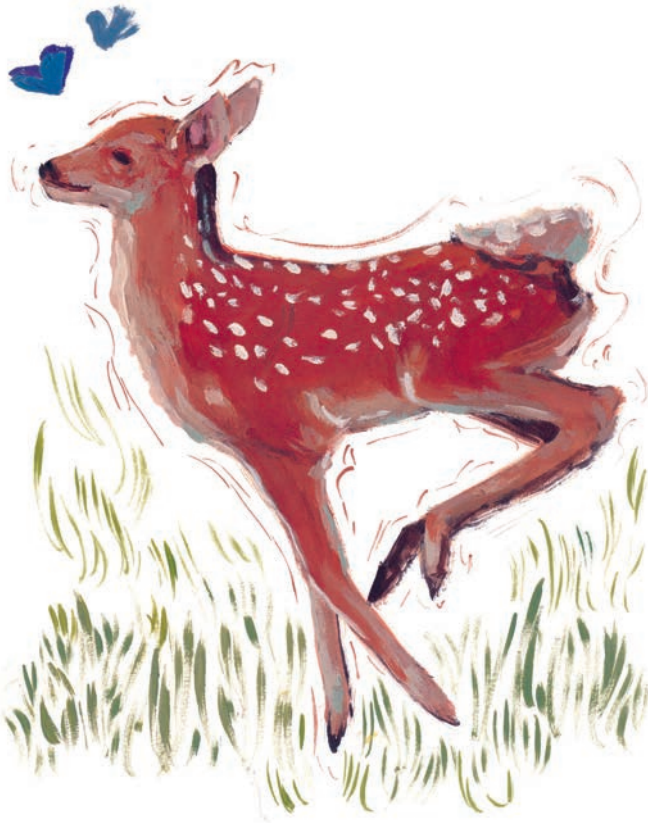
—Pero mira, mamá —exclamó Bambi—, por ahí pasa una flor volando.

—Eso no es una flor —le explicó su madre—, es una mariposa.



Asombrado, Bambi siguió al insecto con la mirada, este despegó suavemente desde un tallo de hierba antes de desaparecer revoloteando. En ese momento, se dio cuenta de la cantidad de mariposas que había aleteando por encima de la pradera, en apariencia con prisa, pero lentamente a la vez. Tambalearon arriba y abajo como si fuera un juego cautivador. Realmente parecían flores ambulantes, alegres, incapaces de quedarse quietas sobre los tallos y que habían decidido bailar un poco. O flores que habían llegado con los rayos de sol y todavía no tenían un lugar propio, buscando escrupulosamente, descendiendo y desvaneciéndose, como si hubieran encontrado alojamiento, para después volver a retomar su vuelo, cada vez más alto, y seguir buscando, lejos y más lejos porque los mejores sitios ya estaban cogidos.

Bambi las siguió a todas con la mirada. Le habría encantado ver a una de ellas de cerca, le habría gustado tanto observarla con detalle..., pero no tuvo suerte. No paraban de revolotear... Tanto que acabó mareado.



Cuando, entonces, volvió a mirar al suelo, se quedó fascinado con las miles de vidas ágiles que se agitaron bajo sus pasos. Saltaban y correteaban por todas partes, como si fuera un tumultuoso hervidero que, al cabo de un segundo, volvía a hundirse en el suelo verde del que había surgido.

—¿Qué son, mamá? —preguntó Bambi.

—Son bichos —le contestó su madre.

—Mira aquí —exclamó Bambi—, un trozo de hierba saltando. No... ¡mira cómo salta!

—Eso no es hierba —explicó su madre—, es un saltamontes.

—¿Y por qué salta así? —espetó el pequeño corzo.

—Porque nosotros pasamos por aquí —respondió mamá—... Se ha asustado.

Bambi se dirigió entonces al saltamontes que se había sentado en medio de una margarita:

—Oye —dijo educadamente—. No hace falta que te asustes, no te haremos ningún daño.

—No me asusto —replicó él con una voz potente—. Solo me sorprendí al principio, porque estaba hablando con mi esposa.

—Discúlpame, por favor —añadió el corzo humildemente—. Os hemos molestado.

—No pasa nada —voceó el saltamontes—. Como sois vosotros, no pasa nada. Porque nunca se sabe quién podría venir, y hay que tener cuidado.

—Justamente, es la primera vez en mi vida que vengo a la pradera —comentó Bambi—. Mamá me ha...

El saltamontes lo interrumpió, con la cabeza ladeada y aspecto serio, refunfuñando:

—Eso no me interesa. No tengo tiempo para estar charlando aquí contigo, ahora tengo que ir a buscar a mi esposa.

Y ¡hop!, de repente se desvaneció.

—¡Hop! —repitió Bambi, desconcertado, contemplando con asombro el salto con el que había desaparecido de su vista. Se acercó a su madre y añadió: —¿Has visto? ¡He hablado con él!

—¿Con quién?

—Pues con el saltamontes —explicó el hijo—. He hablado con él. Era muy amable. Y me ha caído muy bien. Es tan maravillosamente verde, y tiene las extremidades tan transparentes... ¡Más que la hoja más fina que pueda existir!

—Son sus alas.

—¿Ah sí? —preguntó Bambi—. Y tiene el rostro tan serio, tan reflexivo... Pero ha sido muy amable conmigo. ¡Y cómo salta! Eso tiene que ser increíblemente difícil. «¡Hop!», dice, y ¡salta tan alto que ya no se le ve!

Seguían caminando. El pequeño se había emocionado con aquella conversación y ahora estaba un poco cansado, pues también era la primera vez que hablaba con un desconocido. Estaba hambriento y se apretó contra su madre para refrescarse. Luego se quedó quieto un momento, con la mirada ausente, envuelto en la ligera y dulce embriaguez que lo invadía cada vez que lo saciaba su madre. Entonces divisó entre la hierba una flor reluciente que se movía. Miró con más atención. No, no era una flor, ¡era una mariposa! Se acercó a hurtadillas. Perezosa, la mariposa colgaba de un tallo y movía lentamente sus alas.

—Por favor, ¡quédate ahí! —le suplicó Bambi.

—¿Y por qué me voy a quedar aquí, si soy una mariposa? —contestó el insecto, desconcertado.

—¡Oh! ¡Solo un ratito! —le rogó Bambi—. Llevo tanto tiempo deseando verte de cerca... Por favor, sé amable.

—Pues vale —dijo la blanquita—, pero solo un ratito.

El pequeño la contemplaba:

—¡Eres muy bonita! —exclamó entusiasmado—. ¡Eres maravillosa! ¡Como una flor!

—¿Qué? —la mariposa batió sus alas—. ¿Como una flor? Pues, en mi entorno, la opinión general dice que somos bastante más bonitas que las flores.

Aquella respuesta dejó a Bambi desorientado:

—Por supuesto —farfulló—, mucho más bonitas..., discúlpame..., no quería decir...

—Me da bastante igual lo que quisieras decir —replicó la mariposa. Grácilmente curvó su cuerpo estrecho y, de manera presumida, jugó con sus delicadas antenas.

Bambi la miró, fascinado:

—¡Qué elegante eres! —exclamó—. ¡Qué fina y elegante! ¡Y qué esplendor tienen esas alitas blancas!

Ella extendió sus alas completamente y las volvió a plegar, como si fueran una vela izada.

—¡Oh! —suspiró él—, ahora entiendo que sois más bonitas que las flores. Además, sabéis volar, y las flores no. Porque crecen en el suelo; por eso.

La mariposa despegó:

—Eso es —concluyó—. ¡Yo sé volar! —Su vuelo la llevó tan lejos que era imposible distinguirla o alcanzarla. Sus alas blancas se movían con delicadeza y, llena de gracia, flotaba por el cielo soleado—. Solo me he quedado sentada tanto rato para hacerte un favor —dijo, revoloteando ante los ojos de aquel corzo—, pero ahora tengo que irme.

Aquello era la pradera.